



ZELOS DE SAN JOSÉ.

DE Casa de Zacarias
salió la Sagrada Reyna,
acompañando á su Esposo:
luego que á su casa llegan
reparó un dia José
sobresaltado, y con pena
en el vientre de su Esposa,
y entre sí á decir comienza:
O inmenso Dios de Israél,
qué novedades son estas?
Mi esposa veo preñada:
aunque no sé si lo crea,
pues los dos hicimos voto
de guardar toda pureza;
mas veo que está preñada,
esto algun misterio encierra:

si hay misterio, no lo sé:
Ay Dios, qué terrible pena!
Quiero ausentarme, y dexarla;
mas qué ganaré en la ausencia,
siendo todo mi consuelo
el gozar de su presencia?
Y si yo la desamparo,
quien tiene de socorrerla?
Muchacha, pobre, y sin Padre,
el Cielo la favorezca.
Me retiraré á un desierto
donde gentes no me vean,
y allí acabaré mi vida
en áspera penitencia,
rogando continuo á Dios,
que la ampare, y la defienda.

T. 14705

Quedate con Dios, Maria,
á Dios, carísima prenda,
que el apartarme de tí
sabe Dios lo que me cuesta;
mas no puedo hacerlo menos,
que puede mucho una afrenta.
Cómo he de ver en mi casa,
hijos, que míos no sean?
Me saldré á la media noche,
que mi Esposa no me sienta;
quiero recogerme al sueño
mientras la hora se llega.
Apenas José dormía,
si puedo decir á penas,
entró el Angel San Gabriel,
diciendo: José, despierta,
recibe tu casta Esposa,
y vuelve en gozo tu pena,
que este Divino preñado,
obra es de la Omnipotencia,
viene á salvar á las gentes,
que ha tantos siglos lo esperan:
ponle por nombre Jesus.
Alegre José despierta,
dándole gracias á Dios
por tan gran magnificencia.
Se fué al quarto de su Esposa,
y de repente la encuentra
en un extasis Divino,
cercada de refulgencias,
y postrándose en el suelo,
entre sí á decir comienza.
O Esposa del alma mia,
que desgraciado que fuera
yo, si te hubiera dexado!
Qué desdicha me viniera!
Desde aquel dia á su Esposa
trató con gran reverencia.

Llegaron los nueve meses,
y mandó el Augusto Cesar,
que los Padres de familia
á pagarle un censo vengán,
cada uno en la Ciudad
donde fué su descendencia.
Era José de Be én,
y viendo que le era fuerza
el irlo á pagar allí,
á su Esposa le dió cuenta,
mostrando gran sentimiento
por estar el parto cerca.
La Virgen le respondió:
Esposo, no tengas pena,
que yo os iré acompañando.
José le dió por respuesta:
O! lo que siento ser pobre,
por no tener conveniencia
para poderos llevar
con la debida decencia
que mereccis Madre, é Hijo.
Esposo, no tengas pena,
que llevar vnestra compañía,
es mi mayor conveniencia;
es mi Hijo agradecido,
y recibe por fineza
lo que ofrece el corazon,
quando es la voluntad buena.
En fin, buscó un Jumentillo
en que acomodó á la Reyna
con las cosas necesarias,
y una caxita, en que lleva
las fajas para el Infante,
por lo que Dios dispusiera.
Comenzaron su camino:
O! quien tan dichoso fuera
que les fuese acompañando!
O mi Dios, y quien los viera

cercados de Serafines!
Qué bien guarnecidos llevan
el lecho de Salomón,
aquella Arca verdadera,
que lleva dentro el Maná,
y aquel Sol, que reverbera
con sus relucientes rayos
por las claras vidrieras
de aquel Vaso de cristal!
Ay mi Dios! quien los oyera,
quando decia José:
Esposa, qué dicha es esta?
Ha de nacer en mi casa
aquella luz verdadera!
Que ha de vivir con nosotros!
Que ha de comer á la Mesa!
Quando llegará este dia,
que ver mis ojos desean?
La Virgen le respondió:
Esposo, tened paciencia,
que presto llegará el dia,
que gocés de su presencia.
Con estos dulces coloquios
se divertían las penas
de tan aspero camino,
de arroyos, montes, y cuestas.
Iba José cuñadoso
del preñado de la Reyna,
preguntando á cada paso,
si iba con conveniencia.
Esto fué el mes de Diciembre,
en tiempo que llueve, y yela,
que aun esto permitió el Cielo
para probar su paciencia.
Luego que á Belén llegaron,
José con gran diligencia
comenzó á buscar posada,
llamando de puerta en puerta,

en amigos, y parientes;
pero todos se la cierran.
Por Hospicios, y Mesones,
prosigue su diligencia;
mas como los ven tan pobres,
los huespedes los desprecian.
Desconsolado José,
con su Esposa se lamenta:
Es posible, Esposa mia,
que en una Ciudad como esta
no hemos de hallar posada?
Esto algun misterio encierra.
Que no ha de haber quien recoja
al Rey de Cielos, y Tierra?
Salgamos de la Ciudad,
que aqui cerca está una Cueva,
que les sirve á los Pastores
de establo para las bestias,
que si está desocupada,
descansarémolos en ella.
Luego que en la Cueva entraron
ambos se postran en tierra
á darle gracias á Dios
y José encendió candela
por defenderse del frío,
y la officiosa Doncella
sacudió, y barrió el Portal,
y Angeles muchos con ella,
derramando tal fragancia,
que los sentidos consuela.
Luego el Señor San José
con la ropica que llevan,
en un Pesebre, que estaba
en aquella humilde Cueva,
hizo á su Esposa la cama:
la qual de rodillas puesta,
contemplando aquel Misterio,
y elevadas las potencias,

parió al Salvador del Mundo
quedando siempre Doncella:
San Miguel, y San Gabriel,
con debida reverencia
le reciben en sus manos,
y á su Madre se lo entregan.
Quando en sus manos le vido
mas puro que las Estrellas,
y mas hermoso que el Sol,
asi á decirle comienza:
Alegria de los Cielos,
Gloria, y hermosura eterna,
dulce vida de mi alma
qué hará aquesta Esclava vuestra,
para acertar á servirlos?
Dadme Vos la inteligencia.
Mirad, Hijo de mi alma,
que ya vuestra Madre espera
el oscu'lo misterioso,
que allá la Esposa desea;
y aplicándole los labios
á aquella boca de perlas
recibió tanta dulzura,
que enagenada se queda.
El Patriarca José
en un rincon de la Cueva
orando está de rodillas,
viendo tan rara belleza;
ya lo mira, ya se admira,
ya lo adora, y reverencia,
y besándole los pies

con humildad verdadera
de un grande gozo bañado,
le dice dos mil ternezas,
y administrando las fajas,
en que su Esposa la envuelva,
lo recibió en el Pesebre,
quando por los aires suenan
los Múicos Celestiales,
cantando Divinas Letras:
Gloria á Dios en las Alturas,
y Paz al hombre en la tierra.
Entraron en el Portal
millares de Inteligencias
adorando al Criador
en nuestra humana librea.
Avisando á los Pastores,
que entraron con diligencia
á adorar el tierno Infante,
á su Madre reverencian.
Vamos todos á adorarle
antes que los Reyes vengan,
y á ofrecerle nuestros dones
con devocion verdadera,
almas, vidas, corazones,
los sentidos, y potencias,
por Oro la Caridad,
por Mirra la Penitencia,
por Incienso la Oracion,
contemplando en su belleza,
sirviéndole en esta vida
para gozarle en la Eterna.

Con licencia: En Córdoba, en la Imprenta de Don Rafael García
Rodríguez, Calle de la Librería.

